

Dossier: Dos cartas de Rafael Gutiérrez Girardot

La muerte de Rafael Gutiérrez Girardot el 25 de mayo de 2005 representa la pérdida del intelectual colombiano más reconocido en la segunda mitad del siglo XX, y uno de los más destacados en la historia del país. Su magisterio, ejercido desde la cátedra de la universidad alemana de Bonn, la fundación de la revista Mito, sus polémicas y su innegable y voluminosa producción en el campo de la historia social de la literatura, la filosofía y las ideas estéticas, lo complementaba y continuaba en su correspondencia. Gracias a Darío Ruiz, compañero del comité, tenemos acceso a dos de tales cartas, donde el intelectual revela facetas de su personalidad, de sus afinidades y divergencias, pero, eso sí, sin dejar de lado su generoso magisterio.

Bonn, 30.8.78

Mí querido Darío:

Es indudable que existe la telepatía. Hará unas tres semanas, en plenas vacaciones lejos de Bonn, pensé en escribirte, como lo tengo en proyecto desde hace tiempos, pero siempre se me presentaba el problema que me impidió hacerlo cuando lo quise: tu dirección. Yo tenía una dirección tuya, pero después de tu estancia en USA no estaba seguro si esa dirección seguía siendo la misma o si habías cambiado de casa. Le escribí hará cosa de más de medio año a Oscar Collazos, cuando él estaba en Berlín, para pedirle que me confirmara tu dirección, pero no recibí respuesta suya. Sólo esperaba a que se te ocurriera escribirme en uno de tus impulsos epistolares, y como ves, telepáticamente respondiste a mis esperanzas. A Cobo no lo ví. en Alemania, pues en señal de protesta no asistí a la feria del libro y al coloquio, aunque estaba invitado a moderar una mesa. Pero suponiendo muy hipotéticamente que él me hubiera manifestado cualquier sentimiento de desprecio o desaprecio por mis amigos de Medellín – a quienes considero mis únicos amigos en Colombia que me han dado testimonio de generosidad y amistad – puedes estar seguro de que en nada me hubiera afectado y mucho menos influido mi conducta. Con especialísimo afecto recuerdo nuestro encuentro en Medellín, tan presente en mi memoria como si fuera ayer.

Con tu carta me llegó al mismo tiempo el número de Eco 200, que despierta tu comentario crítico. A mi artículo le había dado yo otro destino: no para Eco, sino para la Gaceta, y te lo digo porque me fijé en el tamaño y dejé fuera muchas cosas. Ciertamente es que si lo hubiera escrito para Eco, con la libertad de tener más páginas, a esta hora estaría acumulando material. A Fernando González lo llamo “telúrico” en un contexto muy claro, es decir, el del libro *Mi Compadre*, que efectivamente tiene este tipo de “telurismo” en el que cayó

Neruda en partes de sus memorias, y que en el caso de Fernando González quita toda justificación a sus empresas renovadoras. Justificar a un dictador como J.V. Gómez con los argumentos que usa – producto de y para la tierra, viene a decir en última instancia – no es problemático sólo por el aspecto político – que se puede discutir desde varias perspectivas – sino sobre todos porque han sido los diversos tipos de ese género de personalidad los que han estrangulado en nuestros países toda posibilidad de que nos expresemos con la grandeza de que somos capaces. Y no hablo en este caso sólo el dictador, me refiero a los “magnates” o “mandarines” de los que hay mucho ejemplo en todas las esferas de nuestra vida. por lo demás, hay en el solitario Fernando González – solitario porque lo dejaron solo, porque él no andaba en las manadas – muchos capítulos que podrían llamarse trágicos en el sentido de que están llenos de llama, si así quieres, que por razones especial y exclusivamente del medio no alcanzó a prender, ni en él mismo. en una librería de Bruselas encontré hace un año la primera edición de *Don Mirócleles* con una dedicatoria autógrafa a Pablo Avril de Vivero, desde Marsella. Imagínate, Avril – o Abril como lo he visto en otras partes – vivía en París en plena agitación de los escritores latinoamericanos de entonces, y Fernando González estaba en Marsella lejísimos de ese centro de agitación. Y al releer ese ejemplar tuve esa impresión. Él estaba lejos de muchas cosas, en el bueno y en el mal sentido de la palabra. En nuestros países, las innovaciones son demasiado difíciles y riesgosas, si quieren ser hondas. Y para que cuajen, deben dar golpe. Y el golpe debe ser muy fundado. El tipo de literatura de Fernando González da golpe, pero no es adecuado para dar el golpe fundado, por la naturaleza misma y la intención de su literatura. De todos modos, y para no seguir charlando sobre Fernando González, tu carta con la mención crítica me

ha llegado como del cielo, y verás ahora por qué. Por amistad con Jaime Jaramillo Uribe acepté escribir el capítulo sobre literatura colombiana en el siglo XX, en cuarenta paginas!!! La empresa no es solamente difícil por la inexistencia de material y trabajos previos dignos de tener en cuenta sobre temas fundamentales para una historia literaria, sino por el problema de la selección de autores que impone el tamaño del artículo. Y un historiador de la literatura no puede hacer la selección solamente por el valor estético, sino por otros criterios como el del eco que tuvo un autor, sea dicho eco muy amplio o casi nulo. yo he escogido autores como Guillermo Valencia, Tomás Rueda Vargas, Tomás Carrasquilla, además de los ya casi canónicos como Rivera, y algunos ensayistas como Sanín Cano, por sólo hablar de los primeros 30 años. No quedé satisfecho, pues algún tornillo en mi cerebro me decía: falta alguien. Y aquí me los traes tú con tu mención crítica: Fernando González. Lamentable es solamente que el tamaño del artículo me obliga a referirme a muy pocos aspectos, pero me parece realmente milagroso que me hayas recordado a Fernando González, pues me va a dar oportunidad de destacar sus propósitos y el problema que constituye un autor como él en una literatura tan académica como la nuestra. Carrasquilla también es un solitario, y ya te puedes imaginar e placer que me causa el contrastarlo con el cachaco sabanero Rueda Vargas. De paso, creo que la primera novela urbana de la literatura latinoamericana es Amalia de Mármol, y en Colombia De sobremesa de Silva, por razones muy peculiares. Son las mismas razones por las cuales Carrasquilla huyó de Bogotá y no la quiso hacer objeto novelable. Si mal no recuerdo, en su autobiografía o en su fragmento de autobiografía hace mención a la complejidad de Bogotá. Pero a propósito de Carrasquilla, quien sin lugar a dudas es el novelista de Colombia – como Galdós y Clarín lo son de España – se presenta el problema de

la literatura llamada “regional”. La designación “regional” es insensata cuando se le reduce a algo semejante a “provincial”, de terruño o como se quiera llamar. Y es mucho más insensata aún cuando se cree que ella es específicamente latinoamericana o hispánica. pero tiene un sentido muy interesante cuando se considera esa literatura regional nuestra en el contexto de la literatura occidental y se la compara con las literaturas regionales europeas, las fueron llamadas en beneficio de los Proust, de los Gide, etc. Y entonces, esa literatura regional resulta realmente compleja y tan universal como la literatura de los grandes Proust y demás. Es decir, entonces se puede apreciar esa literatura regional nuestra desde una perspectiva histórica amplia, o con otras palabras, para decirlo muy sumariamente y aplicado al caso de Carrasquilla: a través de sus novelas regionales, Antioquia adquirió el carácter de símbolo de un momento de la evolución histórica de la modernidad. Carrasquilla habló historia universal en antioqueño, si quieres, en cambio Rueda Vargas redujo la historia universal a los chocolates santafereños bogotanos. Y si lees el prólogo de López Michelsen a las paginitas cachaquitas de Rueda Vargas te explicarás por qué en Colombia todo anda tan por lo bajo. En un seminario sobre teatro latinoamericano contemporáneo traté En la diestra de dios padre de Buenaventura y me detuve largo tiempo en el cuento de Carrasquilla. Si comparas las fuentes del cuento, que son muy viejas en Europa, con la versión de Carrasquilla, verás muy claramente lo que te quiero decir con eso de que Carrasquilla habló historia universal en antioqueño. Pero no me quedo en el mérito de la literatura regional. También tiene sus lados problemáticos, y el más problemático me parece el de convertirla en una especie de defensa, de refugio. Pues ese aspecto tiene incidencias ideológicas muy claras: una de ellas es su disponibilidad demagógica. Utilizada en este

sentido, el valor de la literatura regional se convierte en irracionalismo, que aniquila la literatura regional y la priva de su más grande importancia. para no perder muchas palabras en lo que quiero decir con esto, te voy a dar un ejemplo: - y no lo tome por inmodestia - Yo pasé mi infancia en el campo, allí arrié mulas en un trapiche, aprendí a enlazar caballos y ganado, a herrar, a montar en pelo, a bailar el tres con los campesinos, a abrir un portal desde el caballo con el bordón, a beber de un arroyo, a calmar la sed con guarapo, a comer con los peones, a ensillar y a todo lo bello que tiene la vida de nuestra campo. Con cinco años tomé mi primer aguardiente en un brindis con el novio de una sirvienta de mi casa, que era obrero en la compañía de electricidad. Con doce años estaba jugando al tute en uno de esos cafés del pueblo, el día de mercado. No sólo por descendencia ni por la tez de mi piel, sino por formación soy un auténtico criollo, que crecí comiendo arepa, manejando bordón y machete, con ruana y jipa y zamarros, andando por caminos reales de cascajo en medio de la lluvia y otras cosas más que, estoy seguro, recordaría contigo y Manolo Mejía en medio de aguardientes y tiples, si algún día me ocurriera ese milagro. De esa época me quedan dos señales: una levísima cicatriz en la frente que debo a una coz de un caballo mañero cuando lo jodí mucho para que arrastrara un tronco de un árbol, y una especie de chichón en una pierna, que también debo a un caballo cuando traté de obligarlo a que bajara una loma muy inclinada de cascajo resbaloso: el caballo bajó la cabeza, dio un frenazo y yo salí disparado contra una piedra, sobre la que caí de un lado, el lado en el que se me hizo ese duradero chichón. Mi mayor orgullo no es el de haber escuchado a Heidegger o a Zubiri, ni el de haber conocido personalmente y haber tenido amigables relaciones con estos y otras personas, ni el de ser catedrático de una universidad alemana, ni el de escribir en alemán ni publicar

mis artículos en la revista "Merkur". Mi mayor orgullo consiste en que soy excelente jinete, y no lo digo yo, sino un mayordomo que me vio montar un caballo brioso en una hacienda en el año 66 - había montado a caballo yo por última vez un día triste de setiembre de 1950, triste porque ese día vendí mi caballo para comprar algunos dólares que me faltaban para poder salir de viaje a España justamente el 1 de octubre de ese año. La venta del caballo la sigo considerando como una traición. Dos horas duraba el camino desde la hacienda hasta el pueblo. Fueron dos horas que me siguen apretando el pecho. Fueron dos horas que varias veces pusieron muy seriamente en tela de juicio mi propósito de viajar a Europa. Me daba vergüenza montar mi caballo para ir a venderlo. Pues con mi caballo, vendía todo el mundo que tiene que ver con un caballo: el talabartero, por la silla, el herrero, por los cascos, el dueño de la pesebrera en donde pastaba y bebía mi caballo los días de mercado, con mi caballo vendía nada menos que mi infancia y mi juventud, y me sentía realmente traidor. Hago un paréntesis, mi querido Darío, para rogarte que llames por teléfono a Manolo Mejía, te reúnas con él y en medio de muchos aguardientes lloren conmigo la venta de mi caballo. Pues bien, en mis años en Europa yo puedo decir que gracias a esa experiencia, gracias a lo que me dio el campo he podido llegar a donde estoy. Gracias y lo que aprendí con mi caballo. Sería muy largo de explicar en detalle lo que quiero decirte con esto, porque exigiría una detallada narración de anécdotas y situaciones. Si me resultan mis planes y en febrero del 79 puedo pasar por Bogotá y hacer un viaje a Medellín, te prometo que te las contaré. Y verás que tengo razón.

Ahora quiero responder a tus objeciones a mis críticas a Foucault y Bachelard. El ensayo al que te refieres en tu carta es solamente una versión recortada de un trabajo más largo que escribí como producto de un seminario que hice

junto con un colega alemán, profesor de filosofía, sobre la arqueología del saber de Foucault. En este seminario - hecho para estudiantes de semestres superiores - se examinó el libro de Foucault y toda su obra en general, con lupa. También se examinó la obra de Bachelard. Tienes razón cuando dices que no se los puede liquidar de un plumazo - para resumir tu pensamiento. Pero si Bachelard y Foucault liquidan de un plumazo todo lo que hasta ahora en el mundo ha sido y al hacerlo presentan como nuevo lo que es viejísimo, entonces no hay más remedio que decir que estos genios son charlatanes. Como cosa nueva y no vista ni pensada, por ejemplo, presenta Foucault su teoría del concepto, de la conceptualización. Está en cualquier página de los escritos de la filosofía del idealismo alemán, que Foucault condena. En su reciente historia de la sexualidad afirma que él es el primero que ha hecho semejante cosa, una historia de la sexualidad. La realidad es diferente: en los años 20, Eduard Fuchs - a quien Foucault no conoce - ya había presentado una historia de la sexualidad en seis tomos, que comparada con la de Foucault, es considerablemente mejor en la Arqueología del saber, por ejemplo,. Pero como en Europa las cosas pasan tan velozmente, Foucault ya ha sido desplazado por una nueva moda, la de la retórica.

Bien mi querido Darío. Mi dirección no ha cambiado pero sí el nombre de la calle, y es:

Rheinaustr.142

5300 Bonn 3

Espero tus publicaciones. Es posible que en el 79 viaje a Colombia. En tal caso te avisaría a tiempo para hacer un viaje a Medellín. Por el momento todo es proyecto. Pero en tal caso, no dejes de escribir. Y termino por hoy aquí, pues si no termino ahora la carta se va a convertir en un ensayo diálogo infinito y nunca te va a llegar. Recuerdos a Manuel Mejía, y para ti un fuerte abrazo de tu viejo amigo,

Rafael.

Bonn,23.12.75

Querido Darío:

Hoy recibí tu carta del 10 de diciembre, y aprovecho las vacaciones de Navidad para responderla. A Harold Alvarado Tenorio no le he escrito en respuesta a su envío, pero si lo ves en alguna ocasión dile que lo haré. El trabajo del semestre no deja un minuto libre. Voy a escribirte como se me vienen las cosas a la cabeza. Algo fundamental, que yo había observado desde lejos, es lo que apuntas: la liquidación de Bogotá como centro cultural. Por miles de razones, entre ellas la de que puede ser un síntoma del fin de una época de la historia nacional, del esperado fin, que será más largo que la agonía de Franco. Además, porque eso significa el restablecimiento o renacimiento de las capitales departamentales, la formación de un equilibrio y de emulaciones que podrán ser fructíferas. Y además, porque de manera semejante a la relación que existe entre Castilla y las demás provincias españolas, en Colombia el centro ha sofocado las fuerzas de la nación y ha producido un país enano y desfigurado que, espiritualmente, ha vivido de las provincias acomodando a todos los que allí iban a que adquieran su breve tamaño. Los dos suplementos de Vanguardia y El Pueblo son excelentes, mejor Estravagario que el otro, pero en todo caso de gran calidad. La comunicación entre todos me parece, además, de extraordinaria importancia. Eso es una irrigación espiritual de todo el país. El corazón está muerto: en Bogotá no hay nada, o al menos ya no pulsa como antes. Hace tiempo que no he vuelto a recibir Estravagario. En dos números leí tus ensayos, y si no te los comento en detalle es porque los ejemplares de Estravagario corren la mejor suerte que pueden desear sus directores: los reparto entre los estudiantes del seminario y otras personas interesadas y nunca más los vuelvo a ver. Pero tengo el recuerdo de la lectura, la impresión que me causaron: son ensayos, no artículos, es decir, tienen el peso

que les da el hecho de que lo que dices es producto de tu propia reflexión y de tu crítica, de una manera de enfrentamiento directo con lo que tratas. Me alegra infinitamente el comprobarlo y el decírtelo, porque ese resultado muestra tu disciplina en el trabajo intelectual y tu bien encauzada pasión. En todo lo que he leído de ti se percibe la conciencia de escritor. Recuerdo haber pensado al leer uno de los dos ensayos (me refiero a uno sobre pintura), que el épico que tienes en ti - parte de todo ensayo - o el poeta que llevas - parte también del ensayo - toman de vez en cuando la dirección de los pensamientos. Pero un mayor equilibrio se logra no sólo con el tiempo, sino que se da en momentos felices, y no siempre que uno escribe está uno en un momento feliz. Con esa madurez, tienes ahora que revisar una tesis justa en cierto sentido: la de la "dependencia de Europa", la de "estar al día". Toda dependencia es producto de la inmadurez del dependiente. La inmadurez la disfraza el dependiente con lo de "estar al día", con la moda. Pero cuando se tiene en cuenta el dicho simple de que en todas partes se cuecen habas, cuando se tiene en cuenta el criterio libre para juzgar, sin tener en cuenta la nacionalidad, lo que se lee, entonces el contacto con Europa es tanto más necesario, por cuanto que en la confrontación y discusión con lo europeo se perfila de manera más clara lo propio, lo nacional propio y lo individual propio. En nuestros países se requiere mucho valor para eso: valor para decir, por ejemplo, que un Althusser es bastante charlatán. Valor para discernir críticamente lo bueno de lo mediocre que viene de Europa y que nos lo presentan como simplemente bueno por la única razón de que viene de Europa, o de los Estados Unidos. Esto que te digo parece sencillo y evidente, y en realidad lo es, pero no en nuestros países. Esto que te digo es una sencilla condición de todo trabajo intelectual: yo leo un libro no porque viene de aquí o de allí, sino porque puede

decir algo interesante sobre lo que me interesa. Y si se escribió a fines de siglo o hace tres meses, me da lo mismo. En nuestros países eso no es así: se lee un libro porque se escribió hace tres meses y porque viene de aquí o de allí, y porque todo el mundo habla de él. Hace poco he leído un libro muy curioso de un historiador peruano, de Jorge Basadre. Curioso para mí, porque tiene éste título: Introducción a las bases documentales para la historia de la república del Perú con algunas reflexiones. Es una amplia bibliografía - cosa que nos hace falta en Colombia. Pero lo que he leído son las reflexiones que antepone a cada capítulo. Y lo que me ha llamado la atención es que siendo el libro tremendamente peruano, por el tema, Basadre sabe aprovechar para el enfoque de sistemas casi todo lo que hoy se está discutiendo en la moderna historiografía o teoría de la historia de Europa y de Estados Unidos. Al lado de una reflexión sobre las bases documentales para la historia del Perú de la guerra con Chile te encuentras con dos apuntes sobre dos tesis de Foucault o de Goff, sin que por ello la mención obedezca a la moda. Es la cosa, la materia, de que tratan los autores citados, lo que le interesa a Basadre, porque él trata de cosa semejante. El libro me parece ejemplar. En nuestros países, como muy pocos se interesan por materias, sino por corrientes generales, no se puede establecer ese equilibrio. Un historiador peruano de tipo tradicional encontrará extraño que se aduzca a un historiógrafo francés en un capítulo determinado de la pétrea historia peruana canónica. Es un miope. Pero no son los miopes los que han abierto nuevas sendas. Los miopes no hacen otra cosa que cerrarlas. Lo que sí veo difícil es restablecer el diálogo crítico con lo que viene de Europa; difícil desde el punto de vista práctico. Pero no desde el punto de vista personal. Conocerás, sin duda, las obras de Erwin Panofsky. Si haces el ensayo de leerlas desde otra perspectiva, no pues desde la

habitual, esto es, de que un europeo emigrado en USA, sino desde la perspectiva de lo que puede darte para tu propia tarea, verás que de esa lectura te resultará una discusión con él y luego que hará perfilar más claramente tus pensamientos. En la mesa de trabajo, nadie es más que nadie, como decía Machado. Pero si yo, partiendo de ese supuesto, me enfrento a un Panoísky, entonces la discusión con él será de tú a tú, pero con la obligación por mi parte, de ponerlo en tela de juicio con mis argumentos, o de reconocer que mis argumentos o bien son inmaduros o necesitan mayor precisión. Lo que no se puede hacer es lo que estamos habituados a hacer, de manera dogmática, y quizá por la educación católica que recibimos: si el libro tal y tal no comprueba mis tesis o mis creencias o bien es malo o hay que seguirlo ciegamente, como a un nuevo dogma. Y si lo sigo, entonces me llamo "revolucionario". Hasta que venga el otro libro, y así sucesivamente. Esta situación general es el marco o fue el marco de recepción del marxismo, no sólo en Colombia. No se puede ser marxista serio o seriamente marxista si en vez de leer a Marx se ha leído a la Marta Harnecker, o, lo que es peor, a Politzer. Qué teólogo católico se ha satisfecho con el catecismo del Padre Astete? Un libro como el de la Harnecker tiene solamente una función: la de invitar a leer a Marx. No la de dar recetas o slogans, que sirven para disfrazar con conceptos mal digeridos los múltiples y a veces muy justificados resentimientos personales. O simplemente el afán de seguir las modas. En política las modas son reaccionarias, aunque no lo parezcan al comienzo. Pero conducen siempre a un descrédito de la izquierda. La izquierda siempre ha sido víctima de los oportunistas, es decir, de los que se guían por las modas. Otra vez, una vez más, se ve esto hoy. Miles de estudiantes del mundo, especialmente señoritos o hijos de familias burguesas, creyeron solucionar sus problemas muy personales, problemas de frustración

sexual, por ejemplo, en lo que decían Marcuse y Adorno, y de pronto engrosaron las filas de una izquierda que se creyó triunfante, por lo tumultuoso de la reacción. Pero basta con que el Estado dé un golpe represivo, para que todos estos "revolucionarios", terminada su carrera, vuelvan al redil de sus mayores. Recuerdo haber conocido en Bogotá a un "marxista" antioqueño, muy radical. Eso fue en el 66. Fue alumno mío en el Externado, y aunque se mostró entonces muy partidario de lo que yo explicaba o exponía, no tuvo inconveniente en encabezar una acción contra mi. Yo supuse entonces que era consecuente con sus postulados, más consecuente de lo que yo creía ser. Pero dos o tres años después, estando yo en Alemania, leo por casualidad en El Tiempo, en la página social, que el Dr. Posada - aparecía en fotografía, además con la típica sonrisa gringa- contraía matrimonio con fulana de tal y que después de su viaje de bodas a USA, entraría de gerente en la fábrica tal y tal (del padre de la novia). Marx: un buen maestro de economistas al servicio del capitalismo. No hablemos de nuestros "marxistas" a lo Pacho Posada. Peores son los "marxistas" que, con conciencia de clases proletaria, no hacen o no hicieron otra cosa que imitar a los marxistas hijos de sus opresores tradicionales. No se puede ser otra cosa cuando la ideología de la emancipación se aprende muy de prisa en cualquier catecismo. En 1950, cuando yo leía con entusiasmo a Mariátegui, era pecado mortal citarlo; en el 53, en Friburgo, cuando leía a Marx, era mortal citar a Marx. Hoy, gracias al oportunismo, citar a Marx o a Mariátegui no es pecado mortal, es banal. Aunque sigan teniendo razón. Pero ¿quién cita hoy a Marx? No al Marx oficial, al histórico? ¿Quién, fuera de los marxólogos, lo ha leído? La revolución de los señoritos, ha desacreditado, una vez más, la izquierda. Hacia los años 30 Leonhard Frank, el padre de André G. Frank, dijo que el corazón está siempre a la izquierda. No, es la inteligencia la que está y

ha estado siempre a la izquierda. Pues el descrédito de la izquierda por los señoritos y demás, por el marxismo de pacotilla, ha desacreditado, una vez más, a la inteligencia. Ella es el judío de la sociedad contemporánea. Hay un chiste judío, muy bello, de múltiple valor simbólico: Abraham se encuentra en Varsovia con Elías, en un momento en que Hitler ha anunciado su decisión de liquidar a los judíos en Europa. Abraham le dice a Elías: ¿has visto lo que dice la prensa? ¿Qué piensas hacer? Elías responde: emigrar. Abraham pregunta: ¿y a dónde? Y Elías replica: al Uruguay. Tan lejos, dice Abraham. Y Elías dice: ¿lejos de qué? Eso es la inteligencia hoy. Y como has escogido la vocación intelectual para que puedas poner en claro tus pensamientos, falta esa densidad en Colombia. Pero no sólo en Colombia. Aunque eso es en Colombia muy específico, y ha sido casi siempre, si hoy vuelves a Madrid verás que allí se ha acabado la posibilidad del diálogo. La soledad es característica de la sociedad moderna, y es, para el intelectual, no sólo fructífera, sino en cierto sentido necesaria. Por lo demás, la soledad no es propia solamente del intelectual, es soledad de todos. Para solucionarla la mayoría de los inconcientes solitarios va rutinariamente al cine o al fútbol. Es una manera trivial de enfrentarse con las cosas. Pero es curioso que los aficionados a tales espectáculos reprochen a los Modernistas su "torre de marfil" y su "evasión". Es posible también que esas soledades son un efecto, del que no se suele ser conciente, de cambios sociales, y que prefiguran la terrible soledad del escritor profesional, que ya es rival de su amigo, del mismo modo como lo son comerciantes entre sí. Pero sobre todo, creo yo que la creación literaria - y tú eres un creador literario - requiere la dialéctica de soledad y compañía, de modo a veces caprichos. Todo eso sería una interpretación positiva de algo subyacente a la realidad colombiana: del deterioro permanente de las relaciones entre

los hombres. Del carácter destructivo de esa realidad, y que encarna Bogotá. No sé juzgar hasta qué punto esa substancia social invade a todos los jóvenes de los suplementos y otros grupos. Pero trabajando en la periferia, ¿no sería eso justamente una manera muy provechosa de crear lazos de comunicación solidaria y generosa, o de fortalecer los que ya existen, a la manera de aquellas comunidades de escritores latinoamericanos que existieron no hace mucho tiempo? En otras partes los "marginados" comienzan a agruparse: en Buenos Aires ha comenzado a aparecer una revista de filosofía dedicada exclusivamente a publicar los artículos de los latinoamericanos que se dedican a la filosofía y a facilitar información y comunicación. En el terreno de la poesía, lo hace Acuarimántima. Quizá podría ampliarse el campo y convertirla en algo semejante al Repertorio americano de García Monje, es decir, en un lugar de encuentro e irradiación, o como la Gacetilla austral, de Carlos Rama, el hermano de Angel, desde Montevideo. Pese a ello, la soledad personal seguirá siendo no sólo un fantasma, sino algo necesario.

Soy algo supersticioso con algunas palabras: una de ellas es "con la edad". Yo diría más bien que con la lectura y las experiencias se van viendo con más claridad los campos de mayor interés, se los va colocando en horizonte más adecuado. Tiene que ser así. Pero uno no se reduce a sus primeras inquietudes, sino que uno vuelve a ellas y las ve convertidas en dos o tres ideas. De lo que se trata entonces es no de "profundizarlas", sino de buscarles un contexto más amplio - que eso es también profundización - y a veces de despedirse de ellas sin dolor ni pena. Es mi reciente experiencia, al arreglar mi biblioteca cuando cambié de casa. Ahí estaba el libro tal y cual, que yo busqué con fervor, y que ahora, al leerlo, aunque me sigue atrayendo, ya no puede significar lo que yo esperaba entonces y sigo esperando. Hay

muchos proyectos de trabajo que uno no ha realizado, y los libros que uno ha comprado para cumplir ese proyecto aparecen, años más tardes, como cementerios o como callados testimonios de ilusiones, pero sólo ilusiones. Otros libros, en cambio, que uno compró por un capítulo o por un ensayo, al verlos más tarde se le revelan en su dimensión. Y lo invitan a uno a volver a mirarlo y a ocuparse con él desde otra perspectiva. Yo más bien creo que con el tiempo, o si quieres "con la edad", se amplía considerablemente el campo de visión y de trabajo, sólo que con más orden, porque lo nuevo se puede colocar en el sistema de referencia ya maduro de lo viejo o de lo que lo ilusionó a uno en otra juventud. La operación de éste tipo es difícil en nuestros países: por la falta de densidad intelectual. No ha suscitaciones no desafío, y lo peor que le puede pasar a una persona allí es que lo consagren de algo. Ahora que has mostrado tu madurez, desconfía del éxito que produce esa madurez. Y quizá la mejor manera de salvarte del peligro del éxito en un ambiente como el nuestro es que emprendas otra tarea: mídete de tú a tú con los serios y grandes de la cultura europea. Hazlo para fructificar tu soledad, hazlo en u soledad. Si en algo puedo servirte, dímelo, y lo haré. Y no porque yo, por privilegio debido a la suerte, goce de una mayor distancia desde la que se pueden ver estas cosas con mayor claridad de quienes están sumidos en la cosa y por eso no pueden siempre ver las cosas con una óptica clara, sino porque estamos cambiando ideas, y así como yo te hago estos comentario, tú me haces también uno sobre mi interpretación de Machado, que para mi es de tanto valor como cualquier objeción crítica fundada a una tesis mía referente a lo folklórico. Yo aprecio lo folklórico, y lo considero como un tesoro, pero en nuestros países. aunque con algunas reservas. Pero lo folklórico en Machado es muy episódico, y la crítica lo ha ideologizado, entre otras cosas con un estrecho criterio

nacionalista español, para desvalorar el modernismo latinoamericano. En última instancia, lo que dice la crítica española es esto: el 98 es mejor porque se nutre del paisaje castellano, el modernismo es inauténtico porque no se nutre del paisaje castellano. En un ensayo sobre "Las alarmas del Dr. Américo Castro", de Otras inquisiciones, liquidó Borges ese tipo de argumentación. Hay en Darío mucho folklore latinoamericano, como lo hay en Borges. Lo que pasa es que no es tan llamativo como el que aparece en Azorín. Y el de la Tierra de Alvargonzález de Machado o de Campos de Castilla no es nacional, sino pretexto para demostrar en ejemplos concretos la pervivencia de la Biblia. El elemento folklórico del 98 se convirtió en el grito de Millán Astray, "abajo la inteligencia". Los del 98 son los pre-ideólogos de Franco. Y es difícil rescatar a Machado de esa compañía. Lo rescata solamente una cosa: el haber sido substancialmente modernista. Su magisterio moral nada tiene que ver con el folklore, en mi opinión. Ni siquiera con su poesía. Su magisterio moral más bien tiene que ver con su modernismo, con su jacobinismo. Yo creo que hay que hacer diferenciaciones: Lorca, por ejemplo, es un irracionalista completo (lee El llanto por la muerte de Sánchez Mejías con los resultados de la investigación de René Girard, La violence et le Sacré, y verás que no hay nada más extraño y contrario a la ideología republicana que Lorca). Su ética republicana no tenía fundamento alguno en su concepción irracionalista del mundo. Su ética republicana, por lo demás, fue casual. Machado fue un caso semejante: ética jacobina y concepción burguesa del mundo. Culpa de ello fue el krausismo. Uno de sus más destacados mentores fue un cura, de Castro. No caigamos otra vez en el pecado español de la confusión de actitud (que se confunde con moral) y mentalidad. ¿No nos basta acaso el ejemplo de Camilo Torres? Por lo demás, esa confusión ha costado el descrédito de la izquierda. La

izquierda intelectual y moral es una izquierda que exige claridad conceptual. Pero resulta confuso el querer reunir el agua con el aceite, como lo hizo Torres, y presentar como Plataforma revolucionaria lo que no era otra cosa que una versión de Oliveira Salazar, con propósitos de la sociología norteamericana, mal asimilada, y verbalismo marxista. Ante eso que se llamó el diálogo cristiano-marxista dijo o pregunto Ernst Bloch: ¿quién engaña a quién? Las cosas claras y el chocolate espeso, mi querido Darío, pero no las cosas espesas y el chocolate claro. Y esto es lo que ha pasado recientemente: se ha confundido magisterio moral con izquierda. Con bastante razón, ma non troppo, no siempre. Un conservador - no en el sentido colombiano - por ejemplo, puede resultar por su actitud consecuente, por su gesto moral, más revolucionario en determinados momentos que un revolucionario profesional. Machado cedió a una tentación, la castellanista, y por eso se acercó peligrosamente al fascismo. El modernismo, que asimiló lo salvó de terminar predicando, como Unamuno, una confusa ideología de "sangre y tierra (Blut und Boden, se dijo), es decir, de una ideología fascista. En cosas de política no cabe invocar al pueblo, hay que decir concretamente algo más, es decir, la estructura social, el sistema económico. El pueblo es algo abstracto, indeterminable. Ha luchado al lado de los realistas en América, ha gritado "qué vivan las cadenas", en España, ha apoyado a Rosas en Argentina, ha gritado que viva Fernando VII en Colombia, y pide hoy no revolución sino desarrollo económico. El "pueblo" revolucionario en cambio tiene nombres propios, es no-pueblo, son personas individuales. Y que no me vayan a contar el cuento de que una burguesía numéricamente reducida ha ganado guerras contra los

revolucionarios. La historia de la rebelión de Tupac Amará debería convencer a quienes hablan del pueblo de que la cosa es más compleja. Si miras, por lo demás, la historia de España y examinas la bendita y famosa guerra del pueblo en una campaña reaccionaria - no en vano fomentada y dirigida por curas y Santanderes, como Jovellanos - para evitar la imposición de los principios ilustrados de la emancipación en España. Tocqueville reprochaba a los intelectuales franceses el que esbozaban programas libertarios sin tener experiencia y conocimiento prácticos del gobierno. Con razón. En parte, es cierto. Lo hacía, el reproche, un intelectual. Sin duda con esto se refería a los vicios de los intelectuales, no a sus virtudes necesarias. En fin, en Colombia parece que todo está dominado por el vicio, y los pocos que no están contagiados tiene especial dificultad en no sucumbir a la piedra. Hernando Valencia sucumbió a ella, Jorge E. Ruiz vino a Bogotá ya con la predisposición. Bien mi querido Darío. Me he sentado a charlar contigo y he llegado a la página 6, sin decir bien lo que tenía pensado. Quizá en el 76 podamos vernos. Quizá haga un viaje a Colombia en el verano. Pero no dejemos por eso de seguir charlando como en esta ocasión. Y antes de despedirme: no he recibido nada de lo que me anuncias. Estoy de acuerdo con tu juicio sobre Vargas Llosa y demás, pero no comenzaré aquí otra carta. Recuerdos y saludos a los amigos, y para ti un abrazo y los deseos de que sigas por el camino que llevas. En vez de felicitarte te manifiesto mi solidario placer por ello. ¿Editarás los ensayos en forma de libro? Si la editorial sale adelante, creo que puedo conseguirle alguna ayuda aquí. Pero el plan es largo de contar, y yo tengo que ponerme a otra cosa. Un abrazo.

Rafael.

La imparcialidad es hija de la pereza y el miedo.
"Escolios a un Texto Implícito" de Nicolás Gómez Dávila